

entre los naturales de las colinas de Liorna, de Florencia y de Pisa.

XX.

El 20 de diciembre de 1793, los representantes entraron en Tolon á la cabeza del ejército republicano. Dugommier, mostrando la ciudad reducida á cenizas y las casas casi vacías de habitantes, suplicó á los convencionales que se contentasen con la venganza tomada, y que supusiesen generosamente que todos los culpables se habían desterrado, librando á los demas. Los representantes no tuvieron en cuenta la magnanimidad del auciario general, porque no estaban encargados únicamente de vencer, sino tambien de infundir terror. La guillotina entró en Tolon con la artillería del ejército, derramándose aquí tanta sangre como se había derramado en Lyon. La Convencion decretó que el nombre de aquella ciudad de traidores fuese borrado del padron general de la Francia. «¡Que las bombas y la mina, dijo Barrere, destruyan las habitaciones de todos los comerciantes de Tolon, y que sobre el sitio que ocupaba no quede mas que un puerto militar, habitado solamente por los defensores de la república!



LIBRO CINCUENTA Y UNO.

Continúan las ejecuciones en Paris. — Madama Roland en la cárcel. — Escribe sus memorias. — Su carta á Robespierre. — Su causa. — Su sentencia. — Su muerte. — Suicidio de Roland.

I.

Aquellos combates, igualmente heroicos y atroces entre la república y sus enemigos, en los campos de batalla y en el suplicio, no habían interrumpido las ejecuciones en Paris ni en las provincias. Desde la muerte de los girondinos parecia que la guillotina se había elevado al rango de una institución que no cesaba de devorar víctimas; estas víctimas las tomaba en todos los partidos que la revolución dejaba en pos de sí ó que encontraba en su marcha. Algunos demagogos sanguinarios, de la municipalidad y de la Montaña, pidieron que se construyese el instrumento de muerte de piedra labrada, y se colocase en la plaza de la Concordia frente á las Tullerías. Según ellos, debía ser la guillotina un edificio público y nacional que atestiguase á todos y siempre, que la vigilancia del pueblo era permanente, y eterna su venganza.

Atento el tribunal revolucionario á la menor señal de

CAPITULA ALFONSO NA
BIBLIOTECA POPULAR

la comision de salud pública, se apresuraba á enviar á la muerte á todos los que se le designaban. El juicio no era mas que una breve é inútil formalidad.

El nombre de Mad. Roland no podia escapar por mucho tiempo al resentimiento del pueblo, porque este nombre significaba todo un partido. Aquella muger, alma de la Gironda, podia ser una Némesis si se la dejaba sobrevivir á los amigos ilustres que le habian precedido en el sepulcro. Otros vivian aun, y era necesario intimidarlos hiriendo á su ídolo; otros habian muerto, y era necesario humillar su memoria asociándola á la execracion popular que inspiraba una muger odiosa al pueblo y sospechosa á la libertad. Tales fueron los motivos que hicieron pedir por la municipalidad y por los Jacobinos el juicio de Mad. Roland.

H.

La comision de salud pública, ejecutora que, aunque se alligiese de serlo algunas veces, era siempre complaciente con las voluntades del populacho, inscribió el nombre de Mad. Roland en las listas que remitia todas las noches á Fouquier-Tinville. Robespierre firmó la lista con un remordimiento visible que no pudo evitar que se conociese en su semblante.

En los primeros tiempos de la residencia en Paris del diputado por Arras, cuando era aun desconocido, habia frecuentado la casa de aquella muger. En la época en que la Asamblea constituyente humillaba el orgullo y despreciaba la palabra de Robespierre, Mad. Roland adivinó su genio, honró su obstinacion y animó su desconocida elocuencia. Este recuerdo pesaba sobre la mano del miembro de la comision de salud pública en el momento en que firmaba aquella lista en la cual sabia muy bien que no ha-

bia sido inscrito nadie que no fuese desde el tribunal al cadalso. Mad. Roland y Robespierre habian principiado juntos la revolucion, y la revolucion los habia conducido al uno á la cima del poder y á la otra al colmo de la adversidad. Robespierre debia tal vez al estímulo de esta muger el imperio que tenia sobre la opinion, imperio que le daba el derecho de salvarla ó de perderla. Todo hombre generoso se hubiera conmovido con estas relaciones y con este recuerdo. Robespierre era estóico, tomaba la inflexibilidad por una fuerza y la obstinacion por firmeza de voluntad. Se hubiera arrancado él mismo su corazon si éste hubiera sido capaz de aconsejarle una debilidad; el espíritu de sistema habia muerto en él la naturaleza; se creia ser superior al hombre inmolando la humanidad. Cuanto mas sufría por esta violencia, tanto mas justo se creia y habia llegado á un extremo de sofismo y á una exageracion tal de una falsa virtud, que rechazaba de si reputándolos á crímenes, todos sus buenos sentimientos.

Mad. Roland estaba encerrada en la cárcel de la Abadía desde el 31 de mayo. Hay almas á quienes la posteridad contempla con mas curiosidad y con mas interés que á todo un imperio, porque ellas reasumen en su situacion, en su sensibilidad, en su elevacion y en su caida, todas las vicisitudes, todas las catástrofes, toda la gloria y todo el infortunio de su época. Mad. Roland era una de estas almas. En su vehemencia, en su pasion, en sus ilusiones, en su martirio, en su abatimiento actual y tambien en su inmortal esperanza, personificaba desde el interior de su calabozo toda la revolucion. Aislada del resto del universo, arrancada á un padre, á un esposo y á una hija, inundaba con torrentes de lágrimas interiores el fuego de una imaginacion ardiente, unida como una llama á los restos de un buque incendiado.

Los carceleros de la Abadía, ensalzaron cuanto la tristeza de las paredes de una cárcel lo permitían, el cautiverio de aquella célebre muger. Hay seres á quienes no se les puede perseguir sino de lejos. La hermosura ablanda todos los corazones que á ella se aproximan. A madama Roland se la dió, sin que lo supiesen los agentes de la municipalidad, una habitacion alumbrada por los rayos del sol, y la permitieron tener flores. Cuando aquella muger era dichosa, gustaba mucho de ellas mirándolas como el lujo mas divino y menos caro. Las rejas de su calabozo cubiertas de frondosas enredaderas, al menos la hacían formarse la ilusion de que se hallaba en completa libertad; permitiósela que hablase con algunos amigos y muy particularmente con los libros, deseo favorito de aquella alma poética que, al recorrer sus páginas, creía conversar con las grandes almas de la antigüedad. Tranquila por la suerte de su marido que sabia estaba refugiado en Prusia en casa de un amigo de confianza; tranquila por el porvenir de su hija que su amigo Bose, administrador del Jardín botánico, habia confiado á madama Cruzé de la Touche, su madre adoptiva, orgullosa de sufrir por la libertad y feliz en padecer por sus amigos, esperiméntó una especie de sosiego voluptuoso de sus sensaciones en el silencio y en la soledad de su calabozo. La naturaleza ha puesto la calma en el esceso del infortunio, como una cama mullida en el fondo de un abismo, para endulzar la sensacion de la caída á los desgraciados. La certeza de no poder caer mas abajo, el desafio á los hombres de llevar mas lejos su venganza, y el goce interior de su propio valor hacen al paciente superior al verdugo. Estos tres sentimientos sostenian á la vez á madam

Roland, haciendo de sus sufrimientos un glorioso espectáculo para ella, en cuyo drama era á un mismo tiempo, la protagonista y el espectador.

Separóse con el pensamiento del mundo, del tiempo y de sí misma, y quiso vivir anticipadamente en la posteridad. Ni los goces del mundo, ni la moral del cristianismo, tuvieron influencia sobre el alma de aquella muger, para hacerla resignarse con su suerte. Su aversion á todo lo que creía supersticion habia debilitado en ella, hasta la fé en un Dios presente y en una inmortalidad segura. Muger de la antigüedad pagánica en los dias del cristianismo, su virtud era romana como sus opiniones. Su providencia consistia en la opinion de los hombres, y su cielo era la posteridad. De todos los dioses ella no invocaba mas que el porvenir. Una especie de deber abstracto y estóico que se juzga á sí mismo, y que halla en este juicio su propia recompensa, la servia de esperanza de consuelo y de piedad; pero su alma era tan fuerte y tan pura, que aquella virtud sin recompensa y sin pruebas, le bastaba para mantenerse en pie en la adversidad y firme á la vista del cadalso.

No pudiendo, pues, obrar, se recogió dentro de su propio pensamiento. Se procuró por la complicidad de sus guardias, algunos pliegos de papel, tinta y una pluma, y escribió en fragmentos su vida pública y privada. Cada dia ocultaba una de estas páginas á la vigilancia de sus guardianes, confiándolas á Bose, que las ocultaba cuidadosamente guardándolas para otros tiempos mejores. Con esto le parecia á madama Roland que habia robado un año de su vida á la muerte, y que ocultaba á la nada lo que consideraba como la mejor parte de sí misma: su recuerdo. En aquellas páginas mezclaba con el desórden y con la precipitacion de un pensamiento que no tiene un mañana, los sueños mas femeniles de su infancia y las preocupaciones mas lúgubres de su prision. En el mismo libro se ve á la jóven en la bohardilla de la calle de los Plateros

aspirando amor y gloria, y un paso mas adelante la cautiva aislada de su calabozo, separada de su hija, de su esposo y de sus amigos, deshojando una á una todas sus ternuras, todas sus ilusiones, todas sus esperanzas y á quien aguarda el cadalso.

IV.

Sin embargo, aunque este libro esté dedicado segun las apariencias á la posteridad, se conoce en ciertas señales de inteligencia que se hallan en él, que se dirigia sobre todo al alma de un confidente desconocido. Madama Roland esperaba que despues de su muerte, el ojo perspicaz de un amigo tierno, traduciria los pensamientos de su alma y veria con toda claridad en aquellas páginas, las alusiones, los suspiros, y las revelaciones de su corazón. Estas memorias son una especie de conversacion en voz baja, de la que el público pierde una gran parte; son una conversacion suprema, ó la despedida del mundo de un alma grande. Se teme á cada palabra que se va leyendo, que la confidencia sea interrumpida por la llegada del verdugo, y se cree que la cuchilla está suspensa sobre el escritor, pronta á cortar el pensamiento á una con la cabeza.

Estos solaces de su cautiverio, endulzaron las sensaciones de su tristeza, disipándolas. La palabra es en estos casos una venganza; la indignacion que se exhala nos consuela. La cautiva tenia algunos momentos de esperanza y aun llegó á verse en libertad por espacio de algunas horas. Ebria de alegría se apresuró á ir á su casa para abrazar á su hija y para volver á ver el hogar doméstico; pero aquella libertad de un día, no era mas que un lazo de sus perseguidores. Los satélites de la municipalidad espianaban su gozo para envenenarlo y aguardándola á la

entrada de su casa, no la dejaron tocar á la puerta, ni pisar sus umbrales, ni oír la voz de su hija, ni ver las lágrimas de sus criados. A pesar de sus súplicas la detuvieron, y la arrojaron apenas se creyó libre, á la cárcel de Santa Pelagia, sentina de vicios en donde se recogia á las prostitutas de las calles de París. Tratóse de envilecerla con su contacto y de martirizarla en su pudor. Sus costumbres, sus conversaciones y su lepra moral, ofendieron sus ojos, sus oídos y su pureza. Había aceptado la muerte y la condenaban á la infamia.

La compasion de sus carceleros, la sacó de aquel cenagal, dándole un cuarto, una mala cama y una mesa. Allí continuó sus memorias y vió algunas veces á sus amigos Bose y Champagneaux. El cobarde Lanthenas, confidente asiduo de su hogar en los días de su poder, y el ingrato Pache, elevado por ella y por su marido al poder, estaban el uno en la cima de la Montaña, y el otro en la cima de la municipalidad, pero ambos afectaron no conocerla. Danton á pesar de estar ausente, volvió la vista hácia otro lado, y Robespierre no osaba ocultar una cabeza al pueblo. Sin embargo, la antigua amistad que habia existido entre él y madama Roland dió á la cautiva un instante de esperanza y casi de debilidad. Estaba indispueta en la enfermeria de la cárcel; un médico que se decia amigo de Robespierre fué á visitarla y le habló asi: «Le he conocido, dijo, y le he estimado mucho, creyéndolo un amigo sincero de la libertad, pero temo que en el día, ame el despotismo y quizá la venganza. Lo creo susceptible de prevencion, fácil en apasionarse, lento en abandonar sus juicios, juzgando culpables con demasiada ligereza á todos los que no participan de sus opiniones. Yo le he visto mucho, y pedido que ponga la mano sobre su conciencia, y que os diga si piensa mal de mí.» Esta conversacion la sugirió la idea de dirigirse á Robespierre, y habiéndole cedido á ella le escribió.

«Robespierre, le decia en aquella carta á la vez patética y provocativa, voy á probaros: os repito lo que he dicho al amigo que os dará este billete. Ya podéis pensar que no voy á suplicaros nada, jamás me he bajado á nadie y no sería desde el interior de una cárcel desde donde yo dirigiria una súplica al hombre que tiene poder para abrimela. El ruego se ha hecho para los culpables y para los esclavos. La inocencia se justifica y es bastante. La queja tampoco me conviene, porque sé sufrir. Tambien sé que en el nacimiento de las repúblicas, las revoluciones escogen por víctimas á los mismos que las han llevado á cabo: esta es su suerte, solo la historia las vengará. ¿Pero por qué singularidad, yo, muger, estoy espuesta á las tempestades que no caen ordinariamente sino sobre los grandes actores de las revoluciones.....? Robespierre, os desafío á que creáis con fundamento que Roland no es un hombre honrado; vos lo habeis conocido, tiene la rudeza de la virtud como Caton tenia su aspereza. Estaba disgustado de los negocios, irritado de las persecuciones, fastidiado del mundo y cansado por los años y por los trabajos, no queria mas que lamentarse en un retiro ignorado, y oscurecerse allí en el silencio para evitar un crimen á su siglo. Mi pretendida complicidad sería graciosa, si no fuese atroz. ¿De dónde procede sino, esa animosidad contra mí, que jamás he hecho mal á nadie y que no sé ni aun deseárla á los que lo hacen? Educada en el retiro, nutrida de estudios serios, que han desarrollado en mí algun tanto de carácter, entregada á gustos sencillos, entusiasta por la revolucion, estraña á los negocios por mi sexo, pero hablando de ellos con calor, he despreciado las primeras calumnias lanzadas contra mí, creyéndolas un tributo forzoso pagado á la envidia por una situación

que el vulgo tenia la simpleza de mirar como elevada, y á la que yo preferia el estado pacífico en que habia pasado tan dichosos dias.....

«Sin embargo, ¡me veo presa hace cinco meses, y arrancada de los brazos de mi hija, que no puede tampoco reposar en el seno que la he criado! Alejada de todo lo que me es mas querido, objeto de las invectivas de un pueblo engañado, oyendo bajo mis ventanas á los centinelas que me vigilan hablar de mi próximo suplicio, leyendo las asquerosas diatribas que vomitan contra mí escritores que nunca me han visto... Nada he dicho, nada he perdido, ni he fatigado á nadie con mis reclamaciones: orgullosa de luchar con mi mala fortuna y de tenerla sujeta bajo mis pies.....

«Robespierre, no es para escitar en vos una compasion á la cual soy superior y que tal vez me ofenderia; por lo que os presento este cuadro es únicamente para vuestra instruccion. La fortuna es voluble é igualmente lo son los favores populares. Ved la suerte de los que agitaron al pueblo, lo complacieron ó lo gobernaron desde Vitelio hasta César y desde Hippon arengador de Siracusa, hasta nuestros oradores parisienses..... Mario y Sila proscribieron millares de patricios, un gran número de senadores y á una infinidad de desgraciados. ¿Han ahogado acaso á la historia que los denuncia á la execracion? ¿Fueron por ventura dichosos? Cualquiera que sea la suerte que me esté reservada, desean sufrirla de una manera digna de mí, ó evitarla si me conviene. Despues de los horrores de la persecucion, ¿debo temer el del martirio? Hablad: siempre vale algo el saber uno su suerte, y en una alma como la mia se es capaz hasta de mirarla sin temor. Si queréis ser justo y me leéis con recogimiento, mi carta no os será inútil, y solo con esto tampoco lo será para mi pais. En todo caso, Robespierre, él y vos no podéis ignorar que cualquiera que me conozca no podrá perseguirme sin remordimientos.»

Bajo el estoicismo aparente de esta carta, se traslucía sin embargo una sorda llamada á la piedad, ó á lo menos que era una puerta que madama Roland abría para una reconciliación. Una respuesta favorable de Robespierre la hubiera impuesto el reconocimiento hácia el hombre que persiguió y envió á la muerte á los que ella adoraba, pero le pareció mas honroso perder la vida que debérsela á Robespierre. Despues de escribir la carta la hizo pedazos.

No obstante, los guardó como testimonio de un pensamiento de libertad personal, sacrificado á su dignidad de muger de partido, y á sus sentimientos de esposa y de amigo. La cautiva se resignó á la muerte.

Entretenia su ocio con la música, la conversacion y la lectura. Con la música adquiria la melancolia y con los libros la fuerza que requería su situacion; sobre todo, estudiaba en Tácito, este sublime anatómico de muertos célebres, que les señalaba con la mano sobre los cadáveres de tantas víctimas, las últimas pulsaciones del dolor y del heroísmo. Se representaba á menudo el suplicio con el objeto de aprenderlo bien, para representarlo con dignidad en el terrible momento. Tuvo tambien la idea de prevenirlo procurándose un veneno. En el momento de tomarlo, escribió á su marido para disculparse de morir antes que él: «¡Perdóname, hombre digno del respeto del porvenir, por haber dispuesto de una vida que te habia consagrado! Tus desgracias me habrían detenido si me hubiese sido permitido aligerarlas. ¡No pierdes sino un objeto inútil, de inquietudes lastimosas!» Despues volviendo al recuerdo de su hija: «Tú, cuya dulce imagen penetra mi maternal corazon y debilita mis resoluciones. ¡Ah! sin

duda no te hubiera dejado sin guia, si ellos hubieran podido dejártela. ¡Crueles! no tienen lástima de la inocencia. Vosotros, amigos míos, dirigir vuestras miradas y vuestros cuidados hácia mi huérfana. No lloreis por una resolucion que pone fin á mis pruebas. Me conocéis y no creereis que la debilidad ó el espanto me dictan el partido que tomo. Si hubiera quien me asegurase que ante el tribunal á donde han comparecido tantos inocentes, tendria yo la libertad de señalar á los tiranos yo quisiera comparecer en él en este mismo instante.»

Un grito vago, semejante á una invocacion, salió en este momento de su alma como la religion del último suspiro; que sin saber á donde iba á perderse, trataba de elevarse á una esfera mas alta que la nada. «¡Divinidad! ¡Ser Supremo! Alma del mundo! principio de lo que yo siento de bueno, de grande y de inmortal en mí, en cuya existencia creo porque es necesario que yo proceda de alguna cosa superior á todo cuanto veo. ¡Voy á unirme á tu esencia!»

Hizo su testamento y distribuyó entre su hija, sus amigos y sus criados, su piano, su arpa, dos sortijas que la quedaban, sus libros y algunos muebles de su calabozo, que eran los únicos bienes que poseía. Recordaba sus primeras pasiones, por la naturaleza, por el campo y por el cielo. «Adios, escribia, adios, sol de mi ventana, cuyos rayos traian la serenidad á mi alma, llamándola á los cielos! Adios, campos solitarios de las orillas del Saone, cuyo espectáculo me ha conmovido tantas veces; y vosotros antiguos habitantes de Thizy cuyo sudor he enjugado, cuya miseria he socorrido y cuyas enfermedades he endulzado en mis cuidados. ¡Adios para siempre! ¡Adios, gabinetes pacíficos en donde yo nutria mi espíritu de verdad, cultivaba mi imaginacion por el estudio ó aprendia en el silencio de la meditacion á dominar mis sentidos y á despreciar la vanidad! Adios, hija mia, acuérdate de tu madre! Tú no estarás sin duda reservada á pasar por

pruebas tan crueles como las mias! ¡Adios amada niña que he criado con mi sangre y á quien quisiera penetrar de todos mis sentimientos!»

Este pensamiento dió al traste con su resolucion y la imágen de su hija bastó á contenerla: tiró el veneno, quiso dejar algunas horas mas á la prueba y alarrepentimiento, y se decidió á esperar la muerte.

VII.

El suplicio de los girondinos fué para Mad. Roland una señal infalible de la suerte que la aguardaba. Vergniaud y Brissot no existian ya. ¿Quién sabe cual habia sido la suerte de Buzot, Barbaroux, y Louvel? Tal vez habrian dejado de existir.

La trasportaron á la Consergería, en donde permaneció muy poco. Esta muger era mas grande cuanto mas se aproximaba á la muerte. Su alma, su language y sus facciones adquirieron alli la solemnidad de los grandes destinos. En los pocos dias que estuvo en aquella cárcel, escitó entre los numerosos presos que en ella habia, un entusiasmo y un desprecio á la muerte que divinizaron á las almas mas abatidas. La sombra del cadalso parecia realzar su hermosura. Los prolongados dolores de su cautiverio, el sentimiento desesperado, pero tranquilo, de su situacion, las lágrimas contenidas, pero que se revelaban en sus palabras, daban á su voz un acento en el que se conocia la fermentacion de los sentimientos que se removian sin cesar en el fondo de su gran corazon.

En la reja hablaba con los hombres principales de su partido, que poblaban la Consergería. Subida sobre un banco de piedra que la elevaba un poco sobre el suelo del patio, asida á las barras de hierro que formaban la claraboya, entre el claustro y el patio, habia encontrado una tri-

buna y un auditorio en todos sus compañeros de muerte. Hablaba con la fecundidad y con la elocuencia de Vergniaud, pero con aquella amargura de ira y áspero desprecio que la pasion de una muger añade siempre á la elocuencia del razonamiento. Su vengativa memoria sacaba de la historia de la antigüedad imagenes, analogías, y nombres dignos de compararse con los de los tiranos de la época. Mientas que sus enemigos preparaban el acta de su acusacion á pocos pasos de ella, su voz, como si fuera la de la posteridad, resonaba en aquellos subterráneos de la Consergería. Se vengaba antes de su muerte legando su odio, y arrancaba, no lágrimas, porque no las queria para ella, sino exclamaciones de admiracion á los presos. Horas enteras la escuchaban separándose de ella á los gritos de ¡Viva la república! No calumniaban á la libertad, sino que la adoraban en los calabozos abiertos en su nombre.

Pero esta muger tan magnánima y tan superior á su suerte, cedía como toda naturaleza humana en la soledad y en el silencio del calabozo. Su alma heroica parecia esconderse entozces y dejaba á su corazon de muger debilitarse y partirse de dolor, cayendo del entusiasmo á la realidad. Tanto se habia elevado, que hizo mas dura su caída. Pasaba algunas veces toda la mañana recostada en la ventana, con la cabeza apoyada en las rejas, mirando al cielo y llorando á mares sobre las macetas de flores con que la habia guardecido el portero. ¿En qué pensaba? Algunas palabras sueltas de sus últimas páginas lo revelan; en su hija, en su marido, anciano acostumbrado á su apoyo, é incapaz de dar un paso en la vida sin ella; en su juventud, vanamente sedienta de amor y consumida en el fuego de las ambiciones políticas, y en sus amigos, cuya imagen la perseguia y la haria sentir la pérdida de la vida, caso que viviesen aun, y aspirar á la muerte si la hubiesen precedido en la eternidad. Ella lo ignoraba y este era su tormento.

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA

No sentía el resto de las miserias de su cautividad; su calabozo era húmedo, infecto, oscuro, y estaba próximo al que había ocupado la reina; esta proximidad era muy á propósito para inspirar en ella el remordimiento. Las dos habían llegado en pocos mes y por caminos diferentes al mismo subterráneo, para dirigirse desde allí al cadalso. La una precipitada del trono por las sugerencias de la otra, y esta ascendida á los primeros honores de la república, y precipitada á su vez al lado de su propia víctima. Estas venganzas de la suerte parecen casualidades, y las mas de las veces no son sino justicias.

VIII.

El interrogatorio y el juicio de Mad. Roland no fueron mas que la repeticion de las acusaciones que hemos visto en los discursos de los jacobinos y en los procesos de sus enemigos contra la Gironda. La echaron en cara el ser esposa de Roland y enemiga de sus cómplices, y ella confesó estos crímenes gloriándose de ellos, hablando con ternura de su marido, con respeto de sus amigos, y con orgullosa modestia de sí misma. Interrumpida por los clamores de la ira cada vez que quiso espresar su indignacion, enmudeció á vista de las inyectivas del auditorio. El pueblo tomaba entonces una parte terrible y dominante en los diálogos de los jueces y acusados, dando ó retirando á su gusto la palabra. El pueblo era á la sazón el verdadero presidente del tribunal.

Mad. Roland oyó su sentencia como quien recibe en el decreto de muerte un título de la inmortalidad; se levantó, é inclinando ligeramente la cabeza, dijo á sus jueces con un acento marcado de ironía: «Os doy gracias por haberme hallado digna de participar de la suerte de los grandes hombres que habeis asesinado.» Bajó las escale-

ras de la Consergería con una precipitacion y un paso tan ligero que parecia al afan que muestra un niño hacia el objeto que quiere conseguir. Este objeto era la muerte. Al pasar por el corredor, delante de los presos que estaban apiñados por verla, los miró sonriéndose, y llevando su mano derecha transversalmente á su cuello, hizo la accion de la cuchilla que corta una cabeza. Esta fué su despedida, trágica como su destino y alegre como su libertad. Aquellos hombres la comprendieron, y los que no lloraban por su propia suerte, lloraron por la de aquella heroína.

En estos dias eran muchas las carretas que conducian los desventurados al cadalso. Se la hizo subir en la última al lado de un anciano enfermo y débil llamado Lamarche, director que habia sido de la fábrica de asignados. Iba vestida de blanco, protesta elocuente de su inocencia, que queria echar en cara al pueblo. Sus hermosos cabellos negros, cortados por detrás, caian por delante en rizados sobre su cuello. Su tez que la prision habia vuelto pálida, adquirió un color sonrosado con el viento áspero y glacial de noviembre y tenia la frescura de la de los niños. Sus ojos hablaban y su fisonomía radiaba de gloria. Sus labios manifestaban un sentimiento medio compasivo, medio de desprecio hácia un pueblo tan ingrato. La multitud la insultaba con palabras groseras: ¡á la guillotina, á la guillotina! gritaban las mugeres. «Ya voy, les dijo, estaré en ella dentro de un momento, pero los que me envian, no tardarán mucho en seguirme. Yo soy inocente y ellos irán manchados de sangre, y vosotras que ahora aplaudís tambien lo hareis entonces.» Volvia de cuando en cuando la cabeza al oír aquellos insultos y se dirigia cariñosamente hácia su compañero de suplicio. El anciano lloraba y ella trató de distraerle en aquel fúnebre tránsito y aun consiguió hacerle sonreír.

Una estatua colosal de la libertad, que por ser de barro era tan frágil como lo que se llamaba así en aquella

CAPITULO VIGESIMO TERCERO

época, estaba colocada en medio de la plaza, en el mismo sitio donde hoy se halla el Obelisco: el cadalso estaba al lado de aquella estatua. Al llegar allí, madama Roland se bajó de la carreta, en seguida el ejecutor la cogió del brazo para hacerla subir al patíbulo y ella tuvo el suficiente valor para hacer uno de esos sacrificios, que solo el corazón de una muger es capaz de hacer en semejantes momentos. «Os pido un solo favor, no para mí, dijo desasiéndose al mismo tiempo del verdugo, concedédmelo, y volviendo al anciano, subid primero, le dijo, mi sangre derramada á vuestra vista os haria sentir dos veces la muerte y no hay necesidad de que tengais el sentimiento de ver caer mi cabeza.» El verdugo consintió. ¡Delicadeza de una tierna sensibilidad que se olvida y se sacrifica á sí misma, para ahorrar un minuto de agonia á un anciano desconocido y que atestigua la sangre fria del corazón, en el heroísmo de la muerte! ¡De cuánto precio debe ser una abnegacion semejante tanto á los ojos de Dios, como á los de la posteridad!

Despues de la ejecucion de Lamarche, que ella vió y oyó sin inmutarse, subió lijeramente los escalones del cadalso y saludando á la estatua de la libertad, como para confesarla, aun muriendo por ella «¡Oh libertad, exclamó, oh libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!» Pusóse á disposicion del verdugo y un instante despues su hermosa cabeza estaba ya separada del tronco.

IX.

Asi desapareció aquella muger que habia soñado la republica en su imaginacion de quince años, que habia inspirado en el espíritu de un anciano su aborrecimiento al trono: que habia animado á todo un partido de jóvenes entusiastas, elocuentes, aficionados á las teorías antiguas

y embriagados por un bello ideal cuyo manantial inagotable estaba para ellos en los labios y en las miradas de aquella muger. El amor casto é involuntario que su hermosura y su genio les inspiraba, era el círculo mágico que retenia alrededor de ella á tantos hombres superiores separados frecuentemente por disentimientos de opinion, reteniéndolos ella por su brillo. Como partido de imaginacion era su oráculo la imaginacion de una muger, que los arrastró unos tras otros á la muerte, pero que supo seguirlos despues al cadalso. El alma de la Gironda se exaló en su último suspiro. Madama Roland se parecia en aquellos momentos y se asemejará siempre en la posteridad á la republica prematura é ideal que habia concebido: ¡bella, elocuente, metida de pies en la sangre de sus amigos y con la cabeza cortada por su propia cuchilla, en medio de un pueblo que no la conocia!

Su cuerpo, idolo de tantos corazones, fué arrojado á los fosos de Clamart.

X.

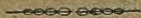
Al saber Roland el suplicio de su muger quiso morir. Vivir despues de ella era vivir muriendo. Roland salio sin decir nada de la casa en donde habia hallado hospitalidad hacia ya seis meses. Anduvo errante parte de la noche, sin otra intencion que la de alejarse del lugar de su asilo, para borrar sus huellas y no perder á los que lo habian salvado. Al amanecer el cielo y la tierra le causaron horror.

Sacó un estoque que llevaba en el baston y apoyando el puño en un árbol que estaba á la orilla del camino, se atravesó el corazón. En aquella misma mañana, unos pastores encontraron su cadáver tendido al lado del foso. Un billete prendido en su casaca con un alfiler, contenia

CAPITULO ALFONSO

estas palabras: « Cualquiera que tú seas, respeta estos restos, que son los de un hombre virtuoso. Al saber la muerte de mi muger no he querido permanecer un dia mas en una tierra manchada de crímenes. »

Así la conciencia de su republicanismo, el amor y la virtud se confundían hasta en el epitafio que Roland escribió y compuso para sí mismo. Elevado á demasiada altura por el movimiento de una tempestad cívica, colocado por cima de su nivel natural, por las inspiraciones del genio de una muger ebria de amor por la libertad, tomó la probidad por virtud, cuando aquella no es mas que su base. Sin embargo, disputó con un valor digno de la antigüedad, la república á la anarquía y las victimas al cadalso. Tuvo por recompensa una muerte que parece un pájina arrancada de la historia de los grandes suicidios antiguos, muriendo como Catón y Séneca á la vez. Como Catón por la libertad de su patria: como Séneca por el amor de una muger. Hay una lágrima del corazón sobre el puñal republicano con que se hirió. Este amor mezclado con su patriotismo dió á la desgracia de Roland cierto sabor romano y patético á la vez. Si la muerte es el acto mas grande de la vida, aquel hombre ordinario al principio, fué grande al fin. Roland no vivió en vano para la libertad y para la gloria puesto que debia llegar á una muerte digna de la antigüedad.



LIBRO CINCUENTA Y DOS.

Los comisionados de la Convencion Isabeau y Tallien en Burdeos.— Los girondinos fugitivos Buzot, Barbaroux, Petion, Louvet, Valady, Salles y Guadet en el Bec de Ambes.—Estos buscan un asilo en San Emilion.—Madama Bouquet los recibe.—Su separacion.—Valady tomó el camino de los Pirineos.—Louvet vuelve á Paris.—Grangeneuve y Biroleau ejecutados en Burdeos.—Guadet y Salles son descubiertos, conducidos á Burdeos y ejecutados.—Barbaroux se tira un pistoletazo.—Lo llevan moribundo á Burdeos y lo esponen en el cadalso.—Se encuentran en un campo los cadáveres de Buzot y de Petion.—Barnave, Duport y Bailly.—Su sentencia.—Su muerte.—Prolongado suplicio de Bailly.—Ejecuciones de madama Dubarry y de Birot.—Mr. y madama Angrand de Allary.—La municipalidad se adelanta á la Convencion.—Notas postumas de Robespierre.—Medidas filantrópicas.—Calendario republicano.—El obispo Govel.—Apostasias.—Hebert y Chaumette.—Profanacion del culto católico.—Inauguracion del culto de la razon.—Destruccion de los sepuleros de San Dionisio.—Exhumacion de los restos mortales de los reyes.

I.

¿Qué hacian entretanto que morian Roland y su esposa sus mas queridos amigos Buzot, Barbaroux, Petion, Louvet, Valady, Guadet y Salles, á quienes hemos dejado embarcados y fugitivos en la Gironda?

Los comisionados de la Montaña, Isabeau y Tallien, se les habian adelantado en Burdeos. Aquellos representantes, manejando con energia al jacobinismo, y desplegando el terror, habian en pocos dias ahogado el federalismo, sublevado los arrabales de Burdeos contra la ciudad,